



Después de los enojosos episodios que la ciudad contemporánea padeció bajo las ideologías pròpugnadas por el Movimiento Moderno, la construcción de la ciudad se vió arropada por una serie de tendencias recuperadoras de los apartados científicos y su posible aplicación a la planificación urbana. El prematuro cansancio provocado por estas metodologías de aproximación científica a la racionalización del espacio de la ciudad, ha permitido que nuevas corrientes de tendencia irracional se presenten en el panorama actual de la cultura urbana como respuestas eficaces a las devastaciones a gran escala que soportamos hoy.

Sus postulados no parecen demasiado confusos. A juzgar por sus argumentaciones teóricas y por la normativa académica de sus enunciados, se podría señalar, que sus axiomas están próximos al requerimiento de las actitudes nostálgicas, evalúadas éstas como una *praxis activa*. El futuro de la ciudad, su construcción y formalización, no reside ya en la *interpretación del pasado*, como soñaban los arquitectos de los 20, o en el análisis de «la ideología del espacio urbano», a la que se entregaron con fervorosa adhesión, sociólogos, economistas y gestores municipales en los 60 y 70. Ahora las propuestas llegan por un itinerario más simplificado: la ciudad y su arquitectura deben *imitar al pasado*, próximo o remoto según convenga, dependiendo, entre otras cosas, de los expedientes y archivos.

La estrategia a la que nos referimos pasa por una corriente bastante significativa en lo que respecta a las decisiones planificadoras, al crecimiento y cambio de la ciudad. Se aleja de modo evidente una confrontación con las estructuras de producción industrial; parece no importarles evidenciar quién dispone de la hegemonía del poder económico, del control de las energías, del uso de los recursos, de la propiedad del territorio, del crecimiento de la población urbana...

Su enfoque dirige la atención hacia la noche de los siglos, buscando una gestión más gratificadora como es la de *imitar el pasado*. Es una «cuestión de imitación», señalan los ideólogos, no de variaciones estilísticas, de elección de formas para la ciudad, o de interpretación libre de los códigos clásicos; imitar el pasado: este es su mensaje y su doctrina. La nostalgia como práctica activa, simulacro que aparece de nuevo como un síntoma cuyo análisis rebasa sin duda los enunciados académicos en torno al proyecto de ciudad, y dónde estas tendencias

afloran con inusitado entusiasmo.

Quizá para aproximarnos a una interpretación menos peyorativa y sectorial de los interrogantes que plantean el crecimiento y los espacios de la ciudad en los finales de siglo, tendríamos que acercarnos a un enfoque más holístico de la administración del espacio urbano, a un entendimiento de la ciudad como una forma de vida renovable, a la construcción de la ciudad como un sistema de biorrecursos, de energías, que equilibre el potencial que la ciudad lleva implícito a comprender, y hacer efectivo, el equilibrio urbano-rural, que una interpretación fragmentaria de la civilización industrial ha destruido.

La ciudad, en último extremo, como señalaba E.B. White en su ensayo de 1949, «He aquí Nueva York», participa sin duda de las tres ciudades que subyacen en el ámbito de la metrópoli contemporánea. Para White aparece en primer lugar la ciudad

donde se nace; «el hombre o mujer nace en una determinada ciudad y ve la ciudad como algo natural, acepta su tamaño y turbulencia como un hecho común e inevitable». En segundo lugar debe considerarse la ciudad del hombre que trabaja en su recinto y vive en otra parte; para estos seres, «la ciudad es un lugar sometido a una plaga de langostas que la devoran cada día y se restituye cada noche». Finalmente, la ciudad de los hombres y mujeres que nacieron en otra parte y llegan a «la ciudad del destino final» en busca de trabajo, de una forma de vida, de un exilio donde poder subsistir.

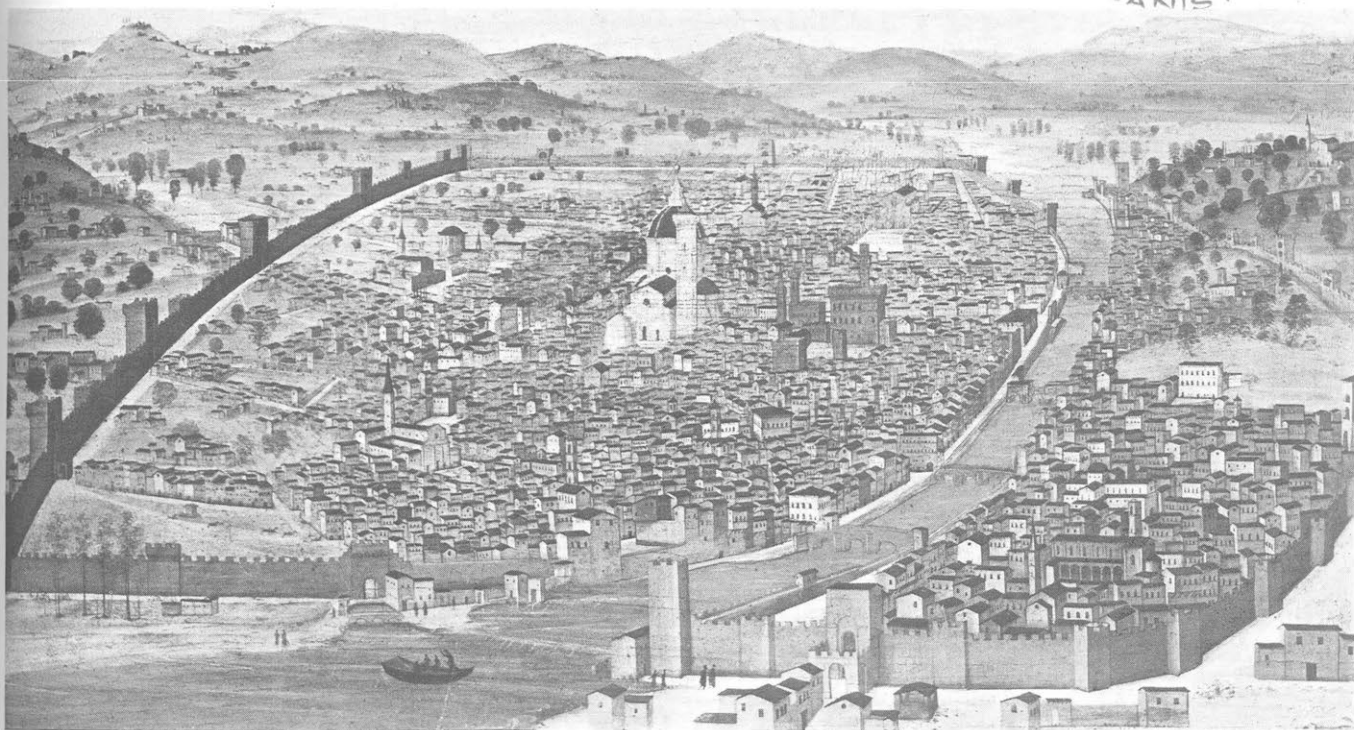
Los primeros habitantes constituyen, o deberían constituir, los que alimentan las energías de *continuidad*, narran y conservan su historia, los segundos aportan las energías necesarias para el

cambio, y los últimos residentes, en el sentir de White, «proporcionan la pasión». La ciudad fue siempre un cruce de intercambio de energías, tensiones, incomodidades, frustraciones, agresiones y molestias, así como de comodidad, salud, hospitalidad, creación y, sobre todo de libertad. La ciudad sigue siendo lugar de identidad, fuente de trabajo y entorno de la pasión, complejo del quehacer humano compuesto de movimiento y cambio. Durante el desarrollo de la revolución industrial, la ciudad se vio sometida a un proceso de involución por lo que se refiere a su cualidad ambiental en el que aún nos encontramos, debido fundamentalmente a que las sociedades industriales producen y reproducen el espacio de la ciudad, mediante el consumo de abundantes recursos no renovables, especialmente minerales, origen de la gran variedad de productos que

LA CIUDAD DEL DESTINO FINAL

Antonio Fernández Alba

Grabado de Florencia en el siglo XV, de autor desconocido



CAU 1981 ABRIL

51

micos que hoy constituyen, junto con los combustibles fósiles (hulla y petróleo), los elementos básicos de la construcción de la ciudad. La ciudad industrial avanzada no se puede entender sin una administración coherente de los sistemas de energía que la constituyen. Su forma (planificación física del ambiente) no puede reproducirse sin una interpretación adecuada de sus energías fundamentales *movimiento* (transporte), *cambio* (ocupación y renovación del suelo urbano) y la programación del consumo de los materiales energéticos no renovables.

En este sentido va dirigida la abundante literatura en torno a la crisis de la ciudad surgida en las últimas décadas, llamando la atención sobre los desequilibrios provocados en las infraestructuras ambientales, por el crecimiento del producto económico, el aumento de la población urbana, el desmesurado incremento del automóvil, o la invasión de las macroburocracias. Parece más que evidente que todo este conjunto de sistemas de energías no controlados o tendenciosamente dirigidos han provocado una ruptura del ecosistema urbano.

La desilusión de los planificadores, superados los trabajos de la reconstrucción europea, fue sólo un síntoma revelador del riesgo que entrañaba la construcción de la ciudad desde los supuestos del desarrollo material indiscriminado; parecía lógico cuestionar estos postulados, no sólo desde las metodologías del proyecto de la ciudad, sino desde un enfoque conceptual y filosófico, que arrojase luz sobre qué tipo de ciudad de-

bería construirse con unos medios materiales tan tecnificados y diferenciados en su producción. Hacia la década de los 60 comenzaron a suscitarse estas cuestiones; la forma de la ciudad basada en la geometría no daba respuestas válidas, ni a la arquitectura, ni al propio crecimiento de la ciudad: la forma geométrica era más simbólica que real, y la forma de los símbolos había cambiado en el contexto de la revolución industrial. El intento de someter al hombre a los intereses de la economía capitalista, fue amparado en parte por las tesis funcionalistas de la ciudad, que deseaban ganar un puesto en el mundo de la industria; la función diseñando la ciudad fue un credo tan adorable como emblemático; sin embargo, la realidad es que la función fue asumida por la industria y con ella se apoderó del espacio de la ciudad.

A este tipo de reproches se intentó responder, mediados los 70, con una indagación más generalizable, que de alguna manera permitiera superar las insuficiencias geométricas y funcionales del proyecto de ciudad; bajo esta premisa se ampliaba el campo del proyecto y se aceptaban los valores de la ciudad histórica, anulados por el reformismo racionalista. La ciudad debería entenderse como un estadio transitorio: *la ciudad en transición* aportaría los materiales y los presupuestos teórico-prácticos para reinventar los asentamientos de un hábitat que permita incorporar, a través de un diseño coherente, la heterogeneidad de variables en que se inscribe la ciudad de





Triángulo dorado de Pittsburgh, un proyecto de renovación urbano de la posguerra europea.



nuestro tiempo. La conclusión natural de estos razonamientos hacía evidente que tanto la arquitectura como la ciencia urbana estaban excluidas de la gestión del habitat contemporáneo: cobraban protagonismo las relaciones económicas de producción, y serían estas relaciones las que controlarían las formas de la ciudad, el diseño de sus espacios, sus cualidades y atributos ambientales. El plano de la ciudad recreaba sus propios símbolos por medio de las decisiones mercantiles, y en ellos encontraba su identidad el ciudadano enajenado de las sociedades industriales. Ni el racionalismo geometrizable de la Carta de Atenas, ni el funcionalismo, formalizaron la ciudad moderna. Se heredaron sus abstracciones, la simplificación de sus formas, que fueron mercado fácil para los enajenados, haciendo que sus arquitecturas hipertrofiadas por los promotores urbanos, se levanten como incongruentes irracionales.

El diseñador urbano, ante estas reflexiones, de nuevo desea superar la división del trabajo, intentando encontrar la totalidad, consciente de que la ciudad es un fenómeno multidimensional y evolutivo, ante el cual resulta imposible la aventura de abordar el proyecto de la ciudad desde la forma, con la que tanto especularon los CIAM, o el control absoluto de todas sus dimensiones, en la que tan prematuramente se agotaron los metodólogos. El reproche a estas concesiones hace más evidente la necesidad de explorar vías y pautas de conocimiento que permitan cuantificar los cambios, y medir las consecuencias que puedan tener los otros aspectos de la heterogeneidad de la ciudad y del medio natural donde ésta se inscribe, tales como los cambios de costumbres, el impacto de las nuevas tecnologías y la organización del trabajo, al objeto de poder comprender los argumentos que sustentan tal enfoque.



Se hace preciso llamar la atención sobre la necesidad de reinventar la ciudad, más allá de la investigación de las tipologías y de la historia de la arquitectura desde la propia realidad de la ciudad actual, aceptando incluso la destrucción que del entorno urbano ha realizado el capitalismo monopolista, y superando las recientes metodologías formales que circunscriben todo el análisis de la ciudad al significado de sus arquitecturas, justificando con los modos gratuitos de toda significación, que el significado y el contenido de la arquitectura se encuentra siempre en sus formas. La trivialidad de los resultados obtenidos por alguno de los arquitectos modernos en muchas de sus realizaciones más celebradas, no hace concebir demasiadas esperanzas de que por medio de la topografía, la tipología y la historia, puedan obtenerse resultados más felices que los de sus antecesores.

La descentralización que propugnan muchos de los estados modernos viene requerida por una necesidad de ordenar los núcleos metropolitanos de fuerte congestión, y esta circunstancia se hace aún más patente si se tiene en cuenta que la estrategia centralizadora de la producción y consumo dirigido hace imposible su existencia, incluso para el sistema monopolista actual. Estos criterios descentralizadores, por lo que respecta a la ciudad, hacen más que evidente que su forma reproduce los postulados programáticos del capital industrial y de los monopolios internacionales. Las intenciones reformistas que aparecen en muchos de los planes, diseños y arquitecturas de las últimas tendencias, no dejan de ser, en el mejor de los casos, cometidos teóricos puntuales, que en ningún caso abordan el sentido de totalidad del hábitat requerido por las sociedades industriales avanzadas. Por señalar algunos de los más difundidos, nos podríamos preguntar: ¿A quién sirve la normativa tipológica de los grupos de Tendencia, «con sus espacios bordeados de columnas y pórticos por los que el hombre pueda andar como por la calle»...? ¿Acaso solventaron sus arquitectos la monotonía, que era precisamente el tema que absorbía sus deliberaciones más especulativas? ¿La respuesta, a la construcción de la ciudad actual, puede venir de las ilustraciones aleatorias de las indisciplinadas familias POST? La mirada evidentemente no se centra ya en los cenáculos de la forma cuyos concilios pertenecen a un ritual sólo para iniciados, y que soportan con estoica fruición el orden político-económico establecido, ni en quienes desde la izquierda a la derecha efectúan juegos de manos carentes de sentido; los planificadores políticos siguen anclados en los viejos «tics» que les proporcionaban las filosofías de sus respectivos partidos, algunos de ellos irrecuperables ya.

Los argumentos para construir la ciudad desde una actitud filosófica y una determinación científica y creadora parecen comenzar a esbozarse con claridad. He aquí algunas de sus generalizaciones:

— El aumento en la población de las ciudades necesitaría considerables incrementos de energía y materiales que no pueden suministrar siquiera las actuales ideologías políticas, ni las convencionales formas de vida burguesa del actual encuadre

social.

— La ciudad necesita incorporar innovaciones laborales que faciliten nuevos puestos de trabajo y condiciones de vida más justas, procurando un reparto de prosperidad más equitativo que el sofisticado derroche de nuestras prepotentes imágenes urbanas.

— Los límites de la ciudad y su tolerancia para albergar tanto derroche y desperdicio energético, están injustificados desde una razón social y una lógica científica.

— La demanda de las futuras generaciones de ciudadanos, e incluso nuestro propio grado de confort, exige reducir nuestra dependencia respecto a los recursos no renovables (minerales; combustibles fósiles, de automoción, intercambio de artefactos domésticos) introduciendo técnicas de reciclaje y conservación de la energía, frente al despilfarro de un consumo inducido por los grandes monopolios, programando la repercusión de los desperdicios como una forma de materia prima.

— Un nuevo enfoque globalizador del reparto del suelo y la usurpación del espacio, tendrá que ser abordado por la administración de la gestión urbana, configurando prácticas y políticas ciudadanas que permitan un uso regenerativo de los espacios abandonados y de las propiedades reservadas. Acción posible mediante la construcción de sistemas analíticos adecuados para ordenar las opciones políticas y la incorporación de una modernización de los recursos.

— Necesaria y oportuna se advierte una revisión del proceso del proyecto en torno a la ciudad. La mediación actual asignada a los especialistas favorece un proceso fragmentario que concibe la ciudad como un cúmulo de lugares invertebrados, excluye al ciudadano y le incapacita para el desarrollo de sus formas de vida comunitaria y privada.

— Formalizaciones espaciales que permitan integrar las nuevas opciones tecnológicas frente al medio natural, con un talante no destructor de simbiosis.

— Finalmente, una educación urbana que nos permita entender la ciudad como un biorrecurso, no en el sentido de las metáforas orgánicas, a las que tan propicios fueron los urbanistas de entreguerras, sino como un proceso científico que permita conquistar para la ciudad sus características más significativas: la de ser un organismo vivo de estructura versátil y renovable, espacios ricos en retroalimentación de recursos, limitada en su crecimiento, variable en su forma, lugar primordial para la convivencia humana.

Sólo una nueva actitud, tanto moral como crítica, por parte de las colectividades podrán instaurar, frente al talante ambiguo y paternalista del estado industrial moderno, el grado de coherencia entre, **medio** (naturaleza), **historia** (tradición) y **progreso** (técnica) que necesita y reclama el modo de vida contemporáneo.

ANTONIO FERNANDEZ ALBA

Arquitecto. Catedrático de la Escuela de Arquitectura de Madrid.